

MUSA JOVEN

REVISTA QUINCENAL

19

Año I

2 de Junio de 1912

Núm. 1



HACIA EL AMOR...

512 - 2

60 cts.

(Cuadro de Carrier Belleuse)

Sumario: Nuestra Revista, por Julius Kant.—Galdós, por Azorín.—La eterna canción (poesía), por Javier Bugallal.—Spes (poesía), por Rubén Darío.—Paisajes líricos, por Juan R. Jiménez.—Primer amor (poesía), por Juan Guzmán Cruchaga.—Marcelino Menéndez Pelayo, por Vicente García Huidobro F.—Lirio marchito (poesía), por Jorge Hubner Bezanilla.—La caravana de los Reyes Magos (poesía), por Jorge E. Silva.—«Tel qu'en songe», por Amado Nervo.—Impresiones de música, por Hernán Díaz Arrieta.—La Orquídea (poesía), por Vicente García Huidobro F.—Hylas, por José Enrique Rodó.—La última cita de Romeo, por Francisco Villaespesa.—Ella sourie, por Sudermann.—Fué una tarde de crepúsculos (poesía), por Gabry Rivas.—Ritmo lejano (poesía), por Santiago Argüello.—Ignacio Iglesias, por José León Pagano.—A La Luna (poesía), por Ramón del Valle-Inclán.—La Nodriz, por Eça de Queiroz.—Marichu, por Pío Baroja.

NOTA.—Desde el próximo número se publicará una página de retratos que tendrá por título: **VERDADERAS BELLEZAS CHILENAS.**

❧ NUESTRA REVISTA ❧

JARDINEROS DE IDEAL:

¿La Musa Joven? Un nuevo pensil, plantado en el invierno de la tierra, bajo el sol de las almas: la juventud. Crecerán en ella las rosas encarnadas y los lirios blancos: amores y ensueños.....

Jardineros de ideal, ¿cultiváis otras flores?

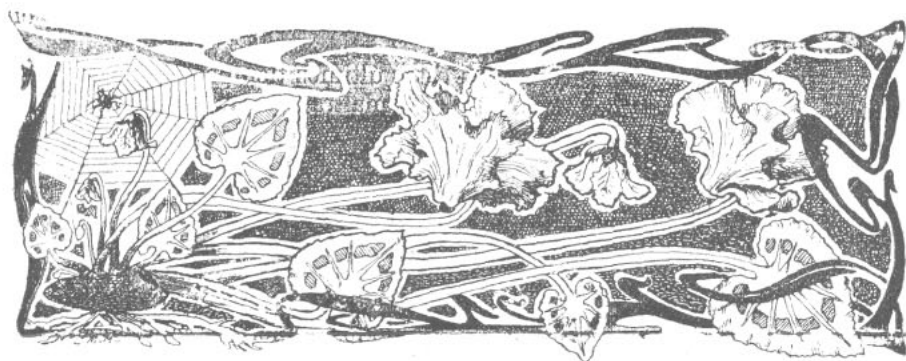
Esas rosas tienen espinas; esos lirios, aroma. Bajo el fuego del sol, abrasadas de pasión, las rosas se consumen...; los lirios van marchitándose lentamente, en la quietud tibia de la primavera, hasta inciensar el último perfume.

Débiles y expansivas, buscan las plantas nacientes el fraterno apoyo; se entrelazan y mezclan su perfume y cuando alguna muere, tejen sobre ella una guirnalda.

Después..., bebido el fulgor de muchos soles, crecen y en su afán de buscar luz, matan ó mueren: lucha por la vida, egoísta, homicida.

Jardineros de ideal, cultivadores de los lirios blancos y las rosas encarnadas, Musa JÓVEN es un pensil..., traed vuestras plantas, buscan ahora apoyo... venid, antes que crecidas necesiten para vivir que sus hermanas mueran.

JULIUS KANT.



* Galdós *

En el ocaso de una larga y honrada vida de trabajo, D. Benito Pérez Galdós se ha quedado casi ciego. No puede ya escribir por sí mismo sus libros; los dicta. D. Benito Pérez Galdós es un anciano alto, recio, un poco encorvado; viste sencillamente; cubre su cabeza un sombrero blando, redondo, un poco grasiento; no recuerda ningún mortal haber visto sobre el cráneo del novelista ningún sombrero hongo. La modestia de D. Benito respecto á indumentaria es propia de todo gran trabajador intelectual. No podemos imaginarnos atildado, prendido de veinticinco alfileres, á un hombre—Flaubert ó Spencer, Nietzsche ó Leopardi—cuya única preocupación son las cosas de la inteligencia, un hombre absorto en una honda, noble y desinteresada labor intelectual. Luego, en nuestro D. Benito este su sombrero ajado, su gabán lustroso y su terno casi pobre, sientan á maravilla; la vida opaca, gris, uniforme, cotidiana, es la que ha sido pintada por el novelista; gris, opaco, como un comerciante, como un pequeño industrial, como un labrador de pueblo, se nos aparece D. Benito en su indumentaria.

Habla poco el autor de los *Episodios*; de cuando en cuando hace una pregunta; escucha atento la charla; permanece largos ratos en silencio. Sus ojos no brillan ni fulgen con resplandores de vida interna; su cara no expresa ni alegría, ni tristeza, ni entusiasmo, ni indignación. Lentamente, pausado, con su gabán usado y su bufanda blanca en invierno, va caminando el ilustre anciano por las calles, entra en el Congreso, escribe unas cartas, se acerca á un corro, escucha en silencio—siempre en silencio—lo que se charla y se vocifera entre manoteos é interjecciones. Ahora, después de haberse inclinado sobre las blancas y voraces cuartillas durante años y años, lustros y lustros, nuestro gran novelista ha perdido la vista. Ya se le ve menos por las calles; rara vez aporta por el Congreso; sus trabajos—como D. Juan Valera en sus últimos años—los dicta á un secretario.

¿Qué debe la literatura española á este grande, honrado, infatigable, glorioso trabajador? ¿Qué le debe España? ¿Qué le deben las nuevas generaciones de escritores? Aparece Galdós en la literatura patria cuando los modernos procedimientos literarios—ya iniciados en otros países—eran aquí desconocidos. El esfuerzo filosófico que representaba el positivismo había de trascender al arte de las letras; teníamos en España una tradición antigua de realismo en nuestra novela picaresca; mas hay algo en el realismo contemporáneo desconocido de los noveladores antiguos; existe un elemento que ahora en estos tiempos ha entrado por primera vez en las esferas del arte. Nos referimos á la trascendencia social, al sentido en el artista de una realidad superior á la realidad primera y visible, á la relación que se establece entre el hecho real, visible, ostensible, y la serie de causas y concausas que lo han determinado. El realismo moderno—implantado aquí por Galdós—estudia, por lo tanto, no sólo las cosas en sí, como hacían los antiguos, sino el ambiente espiritual de las cosas.

La pasión política ha enturbiado en estos últimos tiempos el juicio de muchas gentes; se ha llegado á menospreciar, vejar y maltratar á un hombre insigne que, como ciudadano honrado, fiel cumplidor de sus deberes, ha creído que debía intervenir en la política de su patria, y en ella ha intervenido según su criterio, según sus sentimientos, según sus preferencias. Y, sin embargo, este hombre, vejado injustamente, ha revelado España á ojos de los españoles que la desconocían; este hombre ha hecho que la palabra *España* no sea una abstracción, algo seco y sin vida, sino una realidad; este hombre ha dado á ideas y sentimientos que estaban flotantes, dispersos, inconexos, una firme solidaridad y unidad; este hombre, á través de su vasta é inmensa obra, á lo largo de los numerosos volúmenes que han

salido de su pluma, ha ido haciendo lo que Menéndez y Pelayo ha hecho análogamente en otro orden de cosas: ha reunido en un solo haz, en una sola corriente, la muchedumbre de *sensaciones* que andaban dispersas, que han sido creadas parcialmente, fragmentariamente en tiempos diversos.

D. Benito Pérez Galdós, en suma, ha contribuido á crear una conciencia nacional: ha hecho vivir España con sus ciudades, sus pueblos, sus monumentos, sus paisajes. Cuando pasen los años, cuando transcurra el tiempo, se verá lo que España debe á tres de sus escritores de esta época: á Menéndez y Pelayo, á Joaquín Costa y á Pérez Galdós. El trabajo de aglutinación espiritual, de formación de una unidad ideal española, es idéntico, convergente, en estos tres grandes cerebros.

La nueva generación de escritores debe á Galdós todo lo más íntimo y profundo de su ser: ha nacido y se ha desenvuelto en un medio intelectual creado por el novelista. Ha habido desde Galdós hasta ahora y con relación á todo lo anterior á 1870, un intenso esfuerzo de acercamiento á la realidad; comparad, por ejemplo, una novela de Alarcón con otra de Pío Baroja. Se han acercado más á la realidad los nuevos escritores y han impregnado, á la vez, su realismo de un anhelo de idealidad. La idealidad ha nacido del mismo conocimiento exacto, del mismo amor, de la misma simpatía por una realidad española pobre, mísera, de labriegos infortunados, de millares y millares de conciudadanos nuestros que viven agobiados por el dolor y mueren en silencio. Galdós—como hemos dicho—ha realizado la obra de revelar España á los españoles.

Abrid sus libros: ahí está, en primer término, Madrid, con su pequeña burguesía vergonzante; con su comercio de la calle de Postas y de la plaza de Santa Cruz, comercio clásico, restos de una época ya casi desaparecida; los interiores de casas de huéspedes; las tertulias de los cafés; los ministerios y oficinas; Villamil, el infeliz, el bueno, el desgraciado; el amigo Manso; Manolo Infante; la de Bringas; Orozco, el grande, el magnánimo; los estrafalarios Babeles; Pepe Rey, víctima de atroz fanatismo. Ahí está, en el segundo volumen de *Angel Guerra*, retratado Toledo, con sus callejuelas enrevesadas y pinas; sus conventos de monjas, con sus huertos en que crecen cipreses y rosales; sus sosegadas iglesias, de cuyos muros, enjalbegados con nítida cal, penden cuadros del Greco—que allí y no en los fríos Museos tienen toda su vida;—las posadas, como las de Santa Clara, la Sangre, la Sillería, con sus trajinantes y corsarios que vienen y van á Illán, Illescas, Cebolla, Torrijos, Escalona; el Tajo, hondo y torvo; los cigarrales lejanos, en que «la vegetación es melancólica y sin frondosidad; el terruño, apretado y seco».

Ahí están, en fin, las innumerables páginas que el maestro ha escrito como fruto de sus excursiones por España, calladamente, viajando en tercera, platicando con labriegos y artesanos, y en las que Galdós nos ha pintado pueblos como Madrigal de las Altas Torres—la patria de Isabel la Católica—y Viana de Navarra, «los más vetustos y sepulcrales que he visto en mis correrías por España», dice el maestro. «Su sueño—añade—es como de ancianidad y niñez combinados, juntos en reposo inocente». Ese sueño duerme España entera: Galdós, novelista; Galdós, en más de cien volúmenes, ha trabajado porque despierte y adquiera conciencia de sí misma.

AZORIN.



☞ LA ETERNA CANCIÓN ☞

Yo le atisbaba siempre alerta
 Pero él pasaba ante mi puerta
 Sin llamar,
 Mi juventud ha concluído
 Y aún mi ilusión no se ha rendido
 De esperar.

Vendrá talvez el mismo día
 Que llegue á mi alma la alegría
 De morir.
 La sangre, helada ya en las venas
 No habrá en mis manos fuerza apenas
 Para abrir.

Con sus manitas sonrosadas,
 Dando á mi puerta tres palmadas,
 Llamará.
 Querrá forzarla su cariño
 Y aunque lo intente, como es niño
 No podrá.

Yo al escuchar desde mi cama
 Su vocecita que me llama
 Le diré:
 «Ayer yo mismo hubiera abierto;
 Vienes, Amor, á ver á un muerto.
 ¿Para qué...?»

JAVIER BUGALLAL.



SPES

La niña de los ojos azules ha partido
 Al alba del amor,
 Como la rosa de Malherbe ella ha vivido
 La vida de una flor.

Dejó el fuego fugaz la dulce adolescencia
 Al influjo mortal
 ¡Y se fué hacia el azul como se va la
 [esencia
 Del pomo de cristal!

Tal las almas se van sin oír nuestro grito
 Ni escuchar nuestro adiós,
 Y se echan á volar buscando el infinito
 Esas aves de Dios.

Mas la esperanza muestra el sol de un
 [nuevo día
 De divina verdad;
 ¡Y así al morir aquí la tierna Ana María,
 Nace en la eternidad!

RUBÉN DARÍO.



PAISAJES LÍRICOS

A la tarde, si de una ventana abierta sobre el jardín surge la sonatina de un piano, las notas lloran una sonoridad extraña por el aire. Se dijera que lo azul resuena, que lo morado tiene eco, que cada nota es una estrella, un són que se hace plata, ó brillante, para clavarse en el cielo. Y la sonatina va llorando por las rosas. El que la oye, llora. Y en el apartamiento del jardín, ante un ocaso lleno de aspectos suntuosos, brota el sueño, con una voz de piano, estrellas, rosas, lágrimas, á la tarde.

Cómo se abisma uno, á veces, en su alma, hasta darle casi una vuelta á la vida! Canta un pájaro y no se oye su cristal, llora una campana y no se oye su llanto, y todo es como una bruma opaca y silenciosa. Y luego, al despertar, qué deseo de tierra para el cuerpo, y qué tedio de vivir, y qué de exclamaciones y cuántos golpes al vacío!

¡Ay! ¡carne dolorosa!

¡Oh, Beethoven! ¡oh, Verlaine! ¡oh, Schubert! ¡oh, las flores y los grises del cielo! Pétalo con nube, verso con nota; ¡oh, el corazón! No quiero los poetas, sino los libros de los poetas, y los músicos muertos ó lejanos. Y que el corazón no sienta el latido y se deshaga, como una ceniza de primavera y que el paisaje de la frente no tenga más que hojas secas y estrellas. Un rincón donde el alma se haga penumbra, y yerre la música, y vengan los perfumes, y el cuerpo se encuentre sumido como en el oro de una tarde de otro mundo... ¡Otoño mío!

¡Cuerpo miserable, qué poco me obedeces! ¿Tú no sabes que llevas dentro una frágil primavera de cristal y de flores? Guardián obscuro de mi alma, ¡qué vil carcelero te has vuelto! Cuerpo, carne viciosa, tabernera y brutal, y tú pobre princesa encantada? Bípedo triste y lujurioso, asesino de margaritas, portero canalla, ¡quién pudiera asesinarte!

—Dentro suena el llanto de mi alma.

Mi alma tiene una secreta simpatía por los lagos ocultos, esos lagos verdinegros que están dormidos al pie de las montañas. En ellos duerme el latido, la queja, el rostro de mujer, el eco lánguido y medroso. Sobre su espejo tienden los árboles las mejores ramas florecidas y, ya á la noche, cuando todos han pasado, el ruiseñor deja caer su melodía de sombra sobre la niebla de las aguas...

Estoy mirando ese pobre tronco seco que, todas las tardes, al sol poniente, se llena de pájaros. El sol, dulcemente, le dora lo gris y, entonces, es un venir bullicioso de alas de colores á todas sus ramas. Yo no sé que belleza melancólica tienen los troncos secos entre la verdura del jardín. Es la primavera; la vida se engalana de hojas, de flores y de músicas; sólo el árbol seco está negro y frío. Y es como un muerto que se llenara todo de canciones. Ved: el sol le dora lo gris, dulcemente; y, en la música iluminada de amarillo, una primavera fantástica parece que cubre el tronco de brotes verdes.... Pero todo cae. Hace frío. Hace sombra. Brilla una estrella.

Estoy mirando el pobre tronco seco, todo lleno de pájaros que cantan....

JUAN R. JIMENEZ.





➤ Primer amor ➤

Fué de aquellos amores
Que pasan como ráfagas de viento,
Fué un manojo de flores
Que en mi pecho vivió sólo un momento.

Fué una niña muy bella
Que un instante ocupó mi pensamiento,
Fué una pálida estrella
Que murió en el azul del firmamento.

Fué ese amor como nube
Que vaga con ligero movimiento,
Y muere mientras sube
Cual se esfuman las hadas en un cuento.

Fué ese amor como nota,
Como trino perdido en el ambiente,
Fué una blanca gaviota
Perdida entre las nubes de mi mente.

Fué el goce de una vida,
De una vida que penas sólo siente,
Fué lágrima perdida
Entre las aguas de una turbia fuente.

JUAN GUZMÁN CRUCHAGA.





✧ MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO ✧

Creía que D. Marcelino Menéndez Pelayo no podía morir. Su muerte nos hace el efecto de una gran catástrofe, de un derrumbamiento. Su desaparecimiento del Mundo de la Literatura es triste y desolador como el naufragio de un astro en las tinieblas de la noche. Pero si es cierto que los astros después de desaparecer dejan su luz brillando en la atmósfera por muchos años, este astro, este sol, permanecerá brillando hasta el fin de los tiempos.

Nació D. Marcelino Menéndez Pelayo en Santander el 3 de Noviembre de 1856. Se recibió de bachiller en 1871, empezando su carrera de Filosofía y Letras

en la Universidad de Barcelona. Fué su principal maestro Milá y Fontanales y entre otros tuvieron este grande honor Viscasillas, Rubio y Obs profesor de Historia Universal perteneciente á la escuela crítico-erudita. Pasó después á Madrid y allí continuó sus estudios hasta terminar en Valladolid. Fué doctorado en la Universidad Central, dejando como muestra de sus brillantes estudios 24 premios ordinarios y 3 extraordinarios.

Menéndez y Pelayo nació maestro. De él dijo Milá: «es un verdadero prodigio de precocidad», añadiendo que «cuando no tenía más que 16 ó 17 años, podía contársele ya entre los primeros bibliófilos españoles».

Siempre avanzando en el camino de las letras, siempre entre los laureles del triunfo, siendo el pasmo de sus contemporáneos. Maravilla seguirle en sus excursiones quijotescas, de biblioteca en biblioteca, siempre en pos de la misma Dulcinea: la ciencia. Y más nos maravilla todavía si pensamos que entonces era un joven, casi un niño. Por esto Amos Escalante exclamaba en el colmo de la admiración: «Mostrar el juicio antes que el bozo, acreditarse de sabio no habiéndose despedido aún de escolar... si no es señaladisimo favor de la Providencia, merece tenerse por asombroso esfuerzo y raro testimonio del poder desconocido de la naturaleza».

Si yo creyera en la transmigración de las almas, diría que D. Marcelino Menéndez y Pelayo ha ido reencarnándose desde hace muchos siglos, porque lo conoce todo, porantiguo que sea, porque lo desentierra todo no se sabe de dónde. Sí; Menéndez Pelayo ha vivido en todos los tiempos, escuchó á Platón y Aristóteles, discutió con Orígenes y con Séneca, fué el asombro de Atenas, de Alejandría, de Roma y de París. Conoció á San Jerónimo, á San Agustín, Alberto Magno y Santo Tomás; derrotó á Abelardo y á Lulio. Escuchó recitar sus impecables versos á Horacio. Contempló con admiración y tristeza la meditatunda figura de Dante y el rostro extraño y soberbio de Savonarola.

Menéndez y Pelayo tiene algo de oráculo y de monje de los tiempos medievales. Cuando habla de cualquier asunto es la última palabra. No le encuentro rival en estos tiempos con perdón de Moegenbacht y de Lemaitre. Nadie como él profundiza y clasifica obras y autores. Da á cada cual el sitio exacto que le corresponde, coloca cada cosa en su debido lugar sin que nada se escape á su vista indagadora.

Es por esto que Menéndez Pelayo aparece á nuestra vista como un coloso de sabiduría, es por esto que al estudiarlo nos deja estupefactos y sólo encontramos una frase para definirlo: monstruo del saber. Con otras palabras: «verdadero fenómeno literario» como le llamó Pidal y Mon.

Entre sus principales obras anotaremos, no estudiaremos, porque sería menester para esto tantos volúmenes como los estudiados, «Estudios críticos sobre escritores montañeses», obra de estilo encantador y de una rara originalidad.

«Horacio en España», en que nos da á conocer los imitadores y traductores del marmóreo poeta latino en la península Ibérica y demás países de habla castellana y en que elogia al desconocido Cabanyes. Hay en esta obra, hondos estudios de los poetas de que trata.

«Calderón y su teatro», obra en la cual se coloca á Calderón á la altura que le corresponde, se muestran sus defectos y sus méritos, dando de él el juicio mas preciso que conocemos.

La «Historia de los heterodoxos españoles», obra monumental en que se estudia la historia de las herejías dentro de España y algunas de otros países. Alguien ha dicho que Menéndez y Pelayo no sabe sintetizar como lo hacen ciertos críticos franceses. Valga como respuesta el estudio que hay en esta obra sobre el padre Lacunza, personaje tan discutido, del cual se ha escrito tanto y que está condensado todo lo que de él puede decirse en una página. Claro está, y nadie lo ha de

negar, que Menéndez Pelayo es más analítico y desmenuzador que sintético, pero es completamente falso afirmar que no sabe sintetizar.

Don Juan Valera atacó la «Historia de los heterodoxos españoles», porque encontraba en ella contradicciones, porque se defendía á la inquisición y porque no se distinguía entre el católico y el neo-católico.

Otra de las obras monumentales de Menéndez Pelayo es la «Historia de las ideas Estéticas». ¿Cómo es posible que un hombre haya podido estudiar tan profundamente á todos los autores que han escrito sobre la belleza considerada filosóficamente? Admirables son sus estudios sobre Cicerón y Quintiliano, sobre Goethe y Schiller, sobre Ramón Lull y el Pinciano, sobre Macaulay ante el cual han de inclinarse todos los amantes del saber.

Citaremos también los «Orígenes de la Novela». Su «Crítica Literaria», con acabados estudios sobre Milá y Fontanals, Cervantes, Campoamor y tantos otros grandes ingenios españoles. La «Crítica Filosófica». El «Tratado de los romances viejos». Sus «Odas, epístolas y tragedias». Traducciones de Cicerón y de Shakespeare «La Ciencia Española», serie de interesantes polémicas y un sinnúmero de estudios diseminados en prólogos y revistas.

La obra de Menéndez Pelayo es vastísima, sus estudios son los más perfectos y acabados, sobre todo, en materia de indagación en las cuestiones dudosas. De él ha dicho, y con razón, el gran Rubén Darío que: «está reconocido fundadamente como el cerebro más sólido de la España de este siglo». Y así lo han aclamado todos sus contemporáneos y literatos de tanto fuste como: Valera, Castelar, Cánovas, Revilla, Alas, Salmerón, Fernández-Guerra, Cañete y Laverde.

Y no se podía esperar otra cosa de aquel que muchacho aún tomaba asiento en la Real Academia y pronunciaba aquel famoso discurso sobre mística.

Su pueblo natal comprendió el gran valer de éste su hijo predilecto, y lo pensionó para que recorriera las principales bibliotecas de Europa, trabando amistad con todos los hombres notables de los diversos países que visitó; en Italia con Volpicella, Ernesto Monaci, Ferruci y otros; en Francia con el Conde de Puymaigre y Paul Meyer; en Portugal con Latino Coelho y Oliveira Marreca; con Gaillard en Bélgica y en Holanda con Dozy.

Todos los sabios europeos le admiraban y aguardaban anhelantes las nuevas obras del sapientísimo santanderino. Es por esto que la muerte de Menéndez Pelayo nos hace el efecto de una gran catástrofe, de un derrumbamiento.

Cuando se le notificó lo grave de su enfermedad, dijo lleno de tristeza, aunque con resignación: «¡Es una lástima que haya de morirme cuando me queda tanto por hacer!»

Sí; es una lástima que hayas de morirte cuando todavía tienes que asombrar más al mundo con las maravillas de tu cerebro poderoso. Cuando todavía tienes que enseñar tantas cosas que nadie sospecha.

Pero nó. Véte á dormir tu sueño eterno. Véte á la región de la luz, de esa luz de la cual tú sentías nostalgias. Véte como otro Balmes, como otro Pascal, agotada la materia con la fuerza del espíritu. Véte que te esperan tus hermanos Sainte Beuve, Macaulay, Brunetière...

VICENTE GARCÍA HUIDOBRO F.



LIRIO MARCHITO

(Presentado al Concurso de Ciencias y Letras)

A Joaquín Edwards Bello: ADMIRACIÓN.

I

Se fió en sus palabras. No creía
Que la frase de miel la sepa el vicio
Y consumó el sangriento sacrificio
Sólo porque creyó que la quería.
Tuvo horror de esa trágica agonía,
Ciñó su carne rota con cilicio
Y hundióse en la algazara del bullicio
Enferma de tenaz melancolía.
La sombra de sus ojos y su frente
Atrajeron un joven á su lado
Que fué á confiarle una pasión ardiente,
Volvió á esperar la dicha de la vida,
Amorosa contóle su pasado...
Y vió que él la dejó por corrompida.

II

Pasa y todos me dicen que esa Elena
Es una flor de vicio marchitada,
Que su faz enfermiza y demacrada
Se demudó en la orgía que envenena;
Pasa, y de amor, y de dolor me llena
Y de impulsos de unirla á mi jornada,
Porque he visto en su lánguida mirada
Que amó, pecó, sufrió y ha sido buena.
Quiero decirle lo que mi alma anhela
Y mi entusiasmo con sus frases hiela:
—Todos se acercan con iguales modos...
Quedo triste, en silencio allí á su lado
Y me juzga un enfermo... ¡Yo he pagado
Como otro Cristo, la maldad de todos!

JORGE HUBNER BEZANILLA.

LA CARAVANA DE LOS REYES MAGOS

(POEMA BÍBLICO)



...Y la caravana de los Reyes Magos,
 Siguiendo la Estrella, cruzaba el camino...
 Llevaban el oro, el incienso y la mirra,
 ¡Tributo de Reyes! al niño Divino...
 Y sus venerables cabellos de nieve,
 Movidos al paso de los tres camellos,
 Veíanse blancos, tan puros, tan blancos,
 Que no parecía que fuesen cabellos.
 Que no parecían sino un albo copo
 De lino, que hilara la Madre de Dios,
 O alguna madeja de extraño tejido
 Trenzada con rayos de luna y amor....
 Llevaban el alma bañada en silencio,
 Y los corazones hechos esperanza....
 La Estrella seguía mostrando la senda,
 Que se iba alargando por la lontananza...
 Y tras de los montes del rudo camino,
 Guiada por la Estrella de luz divinal,
 Como un largo ensueño, como un largo
 [ensueño,
 Se perdió la larga caravana real...



JORGE E. SILVA S.

1911.



“Tel qu’ en songe”

Ayer vino Blanca
 Me miró en silencio
 Y era más misteriosa que otras veces;
 Como se ven las cosas en los sueños...

Larga, largamente
 Me sonrió; pero
 Con la rara expresión con que sonríen
 Las bocas que miramos en los sueños.

¡Qué melancolía
 En sus ojos negros!

Esas melancolías indecibles
 Que entristecen los rostros en los sueños!

Me miró y se fué
 Con paso ligero.
 Más ligero que nunca: con el paso
 Con que andan los fantasmas en los
 [sueños...

AMADO NERVO.

➤ IMPRESIONES DE MÚSICA ➤

Conversando de arte, de literatos y artistas, llegamos con nuestro joven amigo Vicente García Huidobro hasta las puertas del Teatro Unión Central.

—¿Un artículo—díjale, por fin, respondiendo á su pedido—un artículo para una revista literaria nueva? No sé... no tengo nada en la cabeza... Y á mí no me gusta escribir sino cuando tengo alguna emoción honda, cuando «necesito decir algo».....

Aparté la cortina de felpa roja y á mi vista deslumbrada apareció la gran sala blanca del teatro, brillante de luces y llena de una multitud de gente silenciosa y atenta.

Hacia el fondo, en el amplio escenario, un inmenso piano abierto, y luego dos figuras pequeñas, muy semejantes: los hermanos García Guerrero....

Hablaba uno.

Con voz muy clara y muy lenta iba contando la vida de Franz Listz, su arte maravilloso del piano, la generosidad de su vida, la fascinación que ejercía sobre las masas y cómo dominaba de manera perfecta la técnica musical.

Mientras se limitó á esta última, el auditorio permanecía inmóvil y un poco lejano á sus palabras; mas llegó un momento en que la vida íntima del compositor subió á sus labios; habló de su alma nostálgica, y el silencio se hizo más profundo; habló de su corazón, de las mujeres que lo amaron, de su gran amor.... y todos, instintivamente, se buscaron las caras para mirarse y un fluido simpático pareció circular por la concurrencia uniéndola al orador.

Desde ese instante se estableció entre ambos una franca comunión de espíritu.

Franz Listz dejaba de ser un compositor célebre y se hacía persona humana, sér vivo que conmovía con sus sonrisas y sus lágrimas. Aparecían sus debilidades, sus dolores. En medio de la continuada ovación y de la lluvia de oro que en toda Europa recibía á su paso, su alma experimentaba una angustia secreta: la de ser tomado como un simple «virtuoso», como un mágico de los dedos, cuando en el fondo de su corazón sentía arder la llama del genio.

El orador dejó de hablar y le siguieron discretos aplausos. Se levantó su hermano, colocándose ante el teclado en una posición sencilla y exenta de toda «pose».

Tras unos minutos de expectación, sus manos finas, ágiles y blancas comenzaron á acariciar ligeramente las notas, dejando oír un preludio vago, uno de esos preludios que recuerdan todas las melodías escuchadas y son como el pórtico que nos prepara para penetrar al palacio de la música....

La música... ¡Cuántas veces he ansiado poseer uno solo de sus encantos para transmitir con las palabras todas las indefinibles visiones, todas las emociones inefables é infinitamente delicadas que hace brotar en el alma.

No sólo es imposible: es peligroso....

No olvidaré nunca la cómica escena que presencié hace algunos años.

Una señora maravillosamente tocaba la *Odalisca*, de Grieg; un novelista chileno la escuchaba con los ojos entornados y el brazo en el piano, en actitud extática. Por fin, cuando hubo cesado la última nota, lanzó un ah! de admiración y dijo:

—Pero qué música más descriptiva... Me parece que he visto el *Obelisco*... ..

El Nocturno de Liszt que ejecutó en aquella ocasión el señor García Guerre-

ro me pareció una canción extra-terrestre, una música como la deben oír las almas de los muertos en esas regiones que imaginamos en sueños. Apenas un rumor de la vida humana; penas, ensueños, esperanzas, gemidos y suspiros, todo es aéreo, sublime, inmenso; porque al mismo tiempo que muy espirituales, las armonías de aquella música inolvidable penetran hasta lo más hondo de nuestro corazón humano. Sus lamentos, sus frases de amor y de dolor son como tipos, como la esencia de nuestros dolores y amores de abajo. Mientras las notas suben y bajan aéreamente, yo me sentía transportado más allá de las nubes, en un deslumbramiento de luces celestiales y veía vagar las indecisas figuras de los espíritus, los seres que ya no son sino una querida memoria, las esperanzas que volaron de nuestro corazón, las ilusiones que jamás llegaron á realizarse, las realidades en que creímos y que al tocarse resultaron mentira.

Y cuando, despertando, miraba la figura delgada del pianista inclinado sobre el teclado, semejante á la enorme dentadura de un monstruo negro, aquellos dedos ágiles, finos y transparentes me parecían dotados de un poder de magia. El artista era ese encantador en que creímos cuando niños y con que soñamos cuando grandes; que posee en su varita mágica la virtud de realizar todas nuestras aspiraciones y colmar todos nuestros caprichos.

De pronto, calló.

Y levanté la cabeza con la vaga sensación de haber tenido un hermoso sueño del cual acaba de despertar, desdichadamente.

Siempre hay que despertar de los sueños.

Aplausos prolongados, pertinaces, interminables fueron la expresión de la gratitud del público.

El señor García Guerrero permanecía un poco cortado, saludando con cierta torpeza de sonámbulo. Por fin, volvió á ponerse al piano y entonces, alegre, impetuosa, gallarda, brotó del piano la Polonesa del maestro húngaro.

¿Qué sugiere á mi fantasía la Polonesa? Una mujer en la plenitud de la vida, pero una mujer muy mujer, alegre, enamorada, palpitante, que danza en un concierto universal de alegrías y dichas. La Polonesa extremece, corre por las venas, como un licor generoso, embriaga, hace feliz. Es un cántico de amor en que se oyen rumores de besos, ecos de risas y de viejas canciones alegres.

De nuevo el mágico del arte nos engaña y nos hace vivir otra vida nueva; esta vez la ilusión es un derroche de luces y flores de la tierra. La musa corre por los campos que hemos visto, bajo el sol de la tarde, con las mejillas teñidas del mismo carmín que se muestra en las flores...

Y de nuevo... el despertar...

El piano enmudece, el artista se levanta, se inclina ante los aplausos y la concurrencia suspira.

El orador se pone de pie para proseguir su discurso.

¿Palabras después de la música? ¿Realidad después del sueño?

Me hallé incapaz de resistir más emociones y abandoné el teatro.

Al encontrarme en la puerta, uno de esos fenómenos de la memoria que asocian las personas al sitio en que se las vió, hízome recordar á mi joven amigo Vicente García Huidobro y á su solicitud de «un artículo»...

¡Ah! sí, con toda el alma; ahora tenía algo que decir; ahora necesitaba expresar la admiración, la gratitud íntima de mi alma hacia los dos buenos y sinceros artistas que me hicieron vivir una hora inolvidable...

Por eso, he escrito estas líneas.

HERNÁN DÍAZ ARRIETA.



LA ORQUÍDEA

A mi querido amigo el dulce poeta
Jorge Hubner Bezanilla,

Soy un ensueño oriental,
Soy el delirio de una hada,
Una siltide encantada
Por un ardid sin igual.
Soy una flor de cristal
En donde yace un anhelo;
Me ví prendida en el velo
De una reina japonesa;
La noche al venir me besa
Por un encargo del cielo.

Soy el alma de un fakir
De la región del Juncal,
Que por un extraño mal
Hubo al fin de sucumbir.
Después que le ví morir
Llevóme una bayadera
De rostro color de cera;
Y pasé mi vida toda
Bajo una oscura pagoda
En un vaso de madera.

Después llegué hasta Turquía;
Fuí el encanto de un harem,
La envidia de un crisantem
Que de pena se moría.
Con mi gracia y mi armonía
Reiné como soberana,
Y hasta la misma sultana

Ante mí palideció
¡Que en mis hojas se durmió
La Aurora de la mañana!

Soy hecha de seda fina
Con plumas de pavo real,
Grabadas en el cristal
De mi corola divina.
En mi origen se adivina
Algo de mosaico extraño,
Algo de un sueño de antaño
Que en el pasado se esfuma,
Algún misterio de bruma,
Algún caprichoso engaño.

Soy una rara visión,
Soy farolillo chinesco,
Soy un ídolo burlesco
De una extraña religión.
De marfil y ámbar, fusión;
Rayo del astro del día,
Juguete que desvaría
Porcelana japonesa,
Todo soy, hasta princesa
¡Porque soy la poesía!

VICENTE GARCÍA HUIDOBRO F.

Mayo 6 de 1912.



HYLAS

Hylas, efebo de la edad heroica, acompañaba á Hércules en la expedición de los Argonautas. Llegadas las naves frente á las costas de la Misia, Hylas bajó á tierra para traer á sus camaradas agua que beber. En el corazón de un fresco bosque halló una fuente, clara y límpida. Se inclinó sobre ella, y aún no había hecho ademán de sumergir, bajo el cristal de las aguas, la urna que llevaba en la mano, cuando graciosas ninfas surgieron rasgando el seno de la honda, y le arrebataron, prisionero de amor, á su encantada vivienda. Los compañeros de Hylas bajaron á buscarle así que advirtieron su tardanza. Llamándole recorrieron la cos-

ta y fatigaron vanamente los ecos. Hylas no pareció; las naves prosiguieron con rumbo al país del áureo vellocino. Desde entonces fué uso, en los habitantes de la comarca donde quedó el cautivo de amor, salir á llamarle, al comienzo de cada primavera, por los bosques y prados. Cuando apuntaban las flores primerizas, cuando el viento empezaba á ser tibio y dulce, la juventud lozana se dispersaba, vibrante de emoción, por los contornos de Prúsiuni. ¡Hylas! ¡Hylas! clamaba. Ágiles pasos violaban misterios de las frondas; por las suaves colinas trepaban grupos sonoros; la playa se orlaba de mozos y doncellas. ¡Hylas! ¡Hylas! repetía el eco en mil partes; y la sangre ferviente coloreaba las risueñas mejillas, y los pechos palpitaban de cansancio y de júbilo, y las curvas de tanta alegre carrera eran como guirnalda trenzadas sobre el campo. Con el morir del sol acababa, sin fruto, la pesquisa; pero la nueva primavera convocaba otra vez á la busca del hermoso argonauta. El tiempo enflaquecía las voces que habían sonado briosa y entonadamente; inhabilitaba los cuerpos antes ágiles, para correr los prados y los bosques: generaciones nuevas entregaban el nombre legendario al viento primaveral: ¡Hylas! ¡Hylas!... Vano clamor que nunca tuvo respuesta. Hylas no pareció jamás. Pero, de generación en generación, se ejercitaba en el bello simulacro la fuerza joven; la alegría del campo florecido penetraba en las almas, y cada día de esta fiesta ideal se reanimaba, con el candor que quedaba aún no marchito, una inquietud sagrada: la espezanza en una venida milagrosa...

Mientras Grecia vivió, el gran clamor flotó una vez por año en el viento de la primavera: ¡Hylas! ¡Hylas!

JOSÉ ENRIQUE RODÓ.

Montevideo.

❖ La última cita de Romeo ❖

Amor, llegó la hora
De la separación...
¡Gotas de sangre llora
Corazón!

La copa está vacía...
Nada nos queda que beber...
¡Oh, divino rosal de mi alegría,
No volverás á florecer!

¡Adiós, amor! No llores...
¡Ha muerto ya la juventud!
¡Como ya no podrás cantar amores,
Rompe, poeta, tu laúd!

Amor y juventud son dos gemelos;
Nacen y mueren á la par los dos...

¡Oh, pobre corazón, muere de celos...!
¡Dale á la vida tu postrer adiós!

Si se murieron las abejas
Al ver sin flores el vergel,
¡Ay, corazón! ¿Por qué te quejas
De que el panal no tenga miel?

Está desnuda la enramada...
Pasó la hora de cantar...
¡Cayó mi espíritu en la Nada
Como una lágrima en el mar!

¡Amor, llegó la hora
De la separación...!
¡Gotas de sangre llora,
Corazón!

FRANCISCO VILLAESPEÑA.

¿ ELLA SONRÍE ¿

No lo neguéis, querida amiga; os ha apesorado; Lo veo en el pliegue de vuestros labios, lo leo en vuestros ojos enrojecidos. ¿Decís que habéis tomado cloral? El cloral estropea los ojos, tenéis razón. ¿Pero qué necesidad teníais de ese narcótico, vos que hasta el presente estabais dotada de un sueño tan feliz?

No disimuléis más, pues, y no os obliguéis a presentarme rostro gozoso.

«Hay que saber dominarse...»

¿Qué hasta frente á mí? ¿Queréis ocultarme vuestros pensamientos, y relegarme á mí, á un antiguo amigo, entre la multitud de los indiferentes ante los cuales no se presenta uno sino en traje de aparato?

He aquí que hasta tratáis de sonreír. Por gracia, cesad de sonreír así, eso me parte el alma.

No me digáis que es una sonrisa lo que prueba el imperio que tenéis sobre vos misma: hace largo tiempo que he cogido aborrecimiento á esa sonrisa.

Me guardaré bien de confundirla con esa sonrisa heroica del hombre que disimula al ser amado su dolor y sus tormentos; lejos de mí también el pensamiento de chancearme del desesperado que durante la noche ahoga sus sollozos en la almohada para no dejar ver más que un rostro radiante á los primeros rayos del día.

Lo que yo repruebo es la violencia de pura forma que nos hace disimular todas nuestras impresiones, porque no es de buen tono tener temperamento que nos hace deslizarnos con paso ligero, porque una marcha segura podría hacer padecer los nervios de un ser demasiado sensible, que disimula alegrías y dolores, deseos y tedios bajo la misma sonrisa fría, sin expresión. Esa es la sonrisa que yo aborrezco.

En algún baile pongámonos en algún rincón apartado y observemos. Los personajes destilan delante de nosotros uno tras otro. ¿Son rostros humanos lo que vemos alzarse aquí sobre hombros desnudos, allí sobre un cuello rígido y lustroso? No; son máscaras, máscaras sociales adornadas como si fuera un barniz uniforme, con la misma sonrisa sin significación, sin alma, de máscaras que se ata uno al subir la escalera y de las que se desprende abajo en seguida al sentarse en el coche.

Y bajo aquellas máscaras son torturados por el dolor, devorados por los celos, temblando de pasión. Nos lo figuramos cuando menos. Son seres humanos como nosotros, y nosotros también nos hemos puesto una máscara, porque lo exige el buen tono.

¡Ah, cuánto prefiero la rudeza de nuestros campesinos! Se pegan, se insultan, se dan besos ó navajazos, pero viven: son ellos mismos, y si es cierto que la dicha consiste en el libre desenvolvimiento de la individualidad, es entre ellos donde hay que buscar la felicidad perfecta.

*
* *

Adelanto una paradoja y acaso exagero. Perdonadme. Me sublema esta especie de camisola de fuerza que nos impone el mundo y que nos priva de entregarnos á nuestras impresiones; á causa de ella es menester que nuestra sangre se acostumbre á correr con lentitud, siempre con más lentitud, hasta que la ola ardiente que borboteaba en nuestras venas no sea más que un agua estancada y perfumada. Y nosotros, víctimas del buen tono, continuamos sonriendo y disimulando, por hábito, sentimientos que no valen la pena de ello, tan insulsos y vacíos son.

Dejadme referiros una historia que os explicará el origen de este rencor violento hacia la sonrisa que yo acabo de demostraros á vos, querida amiga, que estáis bien inocente de ello.

Ya sabéis, ¿no es así? que hace algunos años yo he dado lecciones de literatura.

—¿A las jóvenes?

—Sí, á las jóvenes, y hasta con placer, burlona mía.

Hace aproximadamente seis años, tuve el honor de tener como discípula á la hija única de un riquísimo banquero; se me había rogado, no sólo que la iniciara en la obras de todos los poetas de los siglos pasados y presentes, si que también que le enseñase algo de historia, de filosofía, de mitología, de estética, de retórica... ¡qué sé yo cuántas cosas más! Me asustó el programa, pero me tranquilizó la madre: no era necesario, me dijo, profundizar demasiado en aquellas diferentes materias; sólo era menester adornar aquella inteligencia... Comprendí. No se trataba más que de un ligero barniz para dar á aquella futura mujer de mundo alguna apariencia de ilustrada.

¿No estáis viendo á aquella familia? La madre, mundana, coqueta y frívola; el padre, hombre de negocios, seco y preocupado. En cuanto á la joven, era una princesilla mimada, orgullosa, que no obstante sus formas mezuquinas de niña, poseía ya la suficiencia de una mujer á la moda.

Al principio no sabía cómo tomarla: ella me trataba altivamente y me consideraba como un inferior. Recurrí á la chanza; las personas jóvenes son todas muy sensibles á ella. Este método produjo su efecto, y ella comenzó á interesarse por mis lecciones; pero estaba dotada de una inteligencia mediocre, tan pobre de ideas como parecía estarlo de sentimientos su corazón: todo resbalaba sobre ella, y su rostro flacucho no se despojaba de su impresión fatigada y vejada. A más, absolutamente ignorante, no habiendo aprendido nada más que el francés, que chapurreaba como un papagayo, y demasiado perezosa para querer hacer el menor esfuerzo de memoria.

*
* *

La madre sólo tenía un deseo: que su hija tuviese trato amable, y todos sus esfuerzos tendían á aquel objeto.

«Inés, hija mía, ¿qué significa ese aire sombrío? Inés, para agradar, hay que mostrarse graciosa. Inés, deseo verte sonreír.»

E Inés se encogía de hombros y sonreía.

En vez de inspirar á su joven corazón el amor y la alegría de vivir, no se exigía de ella más que una sonrisa engañadora para iluminar su rostro.

Lo que me aficionaba á mi discípula, no obstante su carácter poco simpático, era sobre todo el aislamiento moral en que vivía sin darse cuenta de ello. Que una criatura de quince años pudiese vegetar así, me pareció incalificable, y resolví despertar en ella lo que sin duda dormitaba aún.

Escogí un remedio infalible: le hice leer el *Libro de los poemas*, de Heine, añadiendo á él mis comentarios personales sobre el amor, sobre el mal de amor.

El remedio obró. Se conmovió, sus ojos brillaron, sus facciones se animaron, y acabó por confesarme, con las mejillas de color de púrpura, que ella también conocía el mal de amor, que escribía su diario, y así por el estilo.

Había logrado domesticar á aquel pajarillo salvaje. Desde entonces tuvo confianza en mí; más aún, se prendó de mi persona.

Fué curioso estudio el observar los progresos de aquella inclinación y la manera como se manifestaba. A mitad de la lección, Inés dejaba de escribir para

apoyar su cabeza sobre ambas manos; las anchas mangas se le bajaban entonces hasta los codos; levantaba lentamente los párpados y me miraba con ojos lánguidos. Y cuando yo le decía: «Inés, no soñéis» lanzaba un suspiro tan estrepitoso como era posible y volvía á coger la pluma.

Cobró tal afición por el estudio y se sometió tan completamente á mi influencia, que pude esperar atenuar los defectos de aquella educación falseada.

Le enseñé que los miserables que van descalzos y andrajosos, piensan y sienten con arreglo á las mismas leyes que los príncipes y los millonarios; que debemos, pues, envolver á todos los hombres en un igual amor, y no despreciar á nadie. Esto fué para ella una revelación.

Me aferré también en lo que la sociedad tiene de falso y de engañador, y cierto día, como asunto de composición, le di *La sonrisa*.

Ella no sabía cómo empezar. Pero cuando le hube dicho mi opinión, cuando le hube explicado, talvez con un poco demasiado calor, mi manera de pensar, el relámpago que brilló en sus ojos me probó que había tocado en el fondo mismo de su corazón. En seguida vi en su trabajo expresados mis pensamientos con una pasión que me sorprendió. Terminaba así:

«Todo lo que es bello y noble en el hombre, su valentía, su dicha, su amor, todo se atrofia y muere poco á poco cuando la sonrisa que aparece en sus labios es una sonrisa mentirosa.»

Aquello estaba muy bien, pero aquel entusiasmo me costó mi posición.

Dos días después de haber devuelto aquella composición á Inés con la nota *Bien*, recibí un billetito de la madre. Cortésmente me significaba el despido. «Vuestros principios de educación eran muy diferentes», decía ella.

*
* *

Transcurrieron varios años antes de que la casualidad me pusiera de nuevo en presencia de mi antigua discípula.

Fué con ocasión de una comida en casa de M. L...

—Venid—me dijo este último cogiéndome del brazo;—quiero conducirlos cerca de la señora X...; vos la conocéis.

—No tengo ese honor.

¡Cómo! pero si le habéis dado lecciones en otro tiempo; ella misma me lo ha referido.

Antes de que hubiese tenido tiempo de expresar mi asombro, me encontré ante ella.

Sentada indolentemente en un sillón, jugaba con su abanico. Se había vuelto muy hermosa: grandes ojos negros, profundos, en un rostro interesante que un poco demasiado de polvos hacía todavía más pálido; un busto admirable emergía del corpiño muy escotado. Estaba verdaderamente muy bella.

Me distinguió y me lanzó rápidamente una mirada escrutadora, queriendo asegurarse sin duda del efecto que producía en un salón su antiguo profesor. Después, con aire indolente, me tendió la mano sonriendo.

¡Oh! yo reconocí aquella sonrisa, pero se parecía á la sonrisa de los quince años como una aurora boreal se parece al sol; era tan cortés, tan fría, tan indiferente, que me estremecí.

Cambiamos algunas palabras insignificantes, y á la señal de la comida la acompañé á la mesa.

Bebió un dedo de vino fino y se animó un poco; el tono de nuestra conversación se hizo más familiar, como es natural entre antiguos conocidos. Me recordó riendo su antiguo amor por mí.

Conduje la conversación sobre su situación actual.

—En mi calidad de amigo, permitidme, señora, preguntaros si sois dichosa.

—¿Feliz? ¡ah, sí!

Y he aquí de nuevo la sonrisa aborrecida que se retuerce como una serpiente en los extremos de su boca.

—¿Dónde está vuestro marido? No he tenido tiempo de serle presentado.

—Véale usted allí, en el extremo de la mesa, aquel que me hace un signo.

Y ella inclinó la cabeza hacia un hombre canoso, sentado no lejos de nosotros; distinguí un rostro de vividor, de mirada apagada, de facciones ajadas: tenía bastante.

—¿Y cuándo habéis aprendido á conocerle y amarle?

—¿A amarle?—murmuró ella con tono singular.

«¿Irà á hacerme sus confidencias», pensé.

Ella prosiguió:

—Cuando mi marido pidió mi mano, había yo desde largo tiempo renunciado á mis quimeras de joven; no sentía amor por él, y no se lo oculté.

—¿Y él?

—El no me pidió que se lo tuviese.

—No es eso lo que yo entiendo. ¿El os ama?

—¡Ch, no!

*
* *

Ella sonrió de nuevo, y la serpiente reapareció en sus labios.

«Esta mujer es desgraciada, profundamente desgraciada», me dije.

—No me creéis—dijo ella.—¡Ay! no me equivoco. Quince días después de nuestro matrimonio adquirí la certidumbre de no ser amada... A voz os lo puedo confiar. Sorprendí á mi marido, en mi propia casa, á los pies de una de mis amigas—está aquí esta tarde;—él le decía que no se había casado conmigo más que para acercarse á ella. Sin duda que á otras también había hecho esta confesión.

—¿Y vos que hicisteis?

Un gesto de indiferencia se dibujó en el rostro de la joven.

—Aborrezco el escándalo, ¿qué podía hacer? Sonreir.

En aquel momento fué interrumpida.

—Inés—le preguntaba una señora,—¿os ha enviado ya Worth vuestros últimos trajes?

Se volvió en seguida hacia el otro lado y se absorbió en una cuestión de gu-fia-pos.

Y yo contemplaba pensativo su nuca admirable, sus blancos hombros, á los que los polvos daban un tinte mate.

Sentí que me empujaba con el codo mi vecino de la izquierda; le conocía vagamente, como un excéptico cuya ironía no perdonaba á nadie.

—Sea en hora buena—dijo; la bella Inés os hace anticipos.

—¿Qué idea se os ha ocurrido?—repliqué bastante bruscamente.

—¡Eh! ¡eh!—dijo él;—¿no os ha contado la traición de su marido, quince días después de la boda? Todos los hombres que ella quiere subyugar han escuchado esa historia.

Iba á replicar con brío, pero ya Inés se volvía hacia mí y me decía con su tono más banal:

—¿De qué hablábamos hace un momento?

Y como ninguno de los dos logramos acordarnos, nos sumergimos en una conversación sobre la representación de la última ópera.

*
* *

Después de la comida me retiré al solitario saloncito para fumar, tenía necesidad de recogerme, y mientras fumaba un cigarro, pensaba en lo que había visto y escuchado.

No; aquella mujer no era desgraciada.

Para explotar así sus propios pesares en provecho de su coquetería, era preciso que toda sensibilidad se hubiese extinguido en ella. O bien, ¿me habría engañado yo? ¿habría ella representado aquella comedia para ocultarme el verdadero estado de su alma?

No pude contenerme más tiempo; tiré el cigarro y regresé al salón en busca de ella.

No la vi en parte alguna. Finalmente, penetrando en el invernadero desierto y poco iluminado, la veo: está medio recostada en un sillón, las anchas hojas de un bananero le preservan de las miradas indiscretas. No está sola, Pablo N..., el más cínico de nuestros taimados, se apoya en el respaldo del sillón, su rostro de fauno casi toca el de Inés; él le murmura al oído palabras insinuantes...

¿Ella? *Ella sonríe.*

SUDERMAN N.

Fué una tarde de crepúsculos

I

Bajo los ropajes densos del ocaso el sol moría
Ante el ceño misterioso de la noche sepulcral...
Y la sombra de la muerte con su manto ennegrecía
La faz blanca de una virgen de hermosura escultural.

Era bella: por sus ojos—hoy enormemente abiertos—
Parecía que vagaba la visión de un mundo ideal;
Sus ojeras eran negras cual sarcófagos de muertos
Y eran mórbidos los senos de su pecho virginal.

Sus dos manos semejaban lirios blancos en desmayo
Que—de yertos— se doblaban taciturnos en su tallo
Bajo el fuego calcinante de los rayos de un gran sol...

Y cual vagas pinceladas, sus mejillas se teñían
De colores sonrosados, pero enfermos, que tenían
El fulgor casi esfumado de un suavísimo arbol.

II

Ha dos años que la virgen acaricia el bello sueño
De enlazarse eternamente con un dulce trovador...

Pero en vano que la Tisis, imperiosa con su sueño
La consume vorazmente cual gusano roedor.

Ya no son aquellos tiempos cuando un sol de primavera
Sorprendíalos cantando por la senda de verdor...
Que hoy en tanto que agoniza lentamente la trovera,
Con su lira enmohecida llora el pobre trovador.

Fué una tarde de crepúsculos: el dios Febo se moría...
Y la sombra de la noche con su manto ennegrecía
La blancura de la luna que entre nubes se velaba.

Una vela titilante despedía su luz pálida.....
Y en su lecho — como presa mariposa en su crisálida —
Tristemente, tristemente la trovera agonizaba!

III

En el caos del ocaso cayó el sol al fin rendido;
Y la noche abrió sus alas como de un titán condor...
Mientras en la torre alta desataba su tañido
La campana de difuntos con sus ecos de dolor!

Cuatro cirios encendidos su amarilla luz proyectan
Sobre cuatro negros velos que cuatro alas densas fingen;
Y á la ténué luz incierta de los cirios que se erectan,
Aparece entre penumbras la faz nivea de la virgen...

Su boquita cuando muerta sonreía, sonreía...
Sus cabellos se plegaban á su frente que tenía
Como adorno la corona de fragantes azahares...

¡Pobrecita! De ese modo se veía en el espejo;
Y entre sueños se miraba triunfadora entre un cortejo
Que entusiasta iba tras ella rumbo al pie de los altares.

GABRY RIVAS.

Santiago, 1912.



— RITMO LEJANO —

Tu música, ¡de lejos! ¡Entre brumas!
Es, á mi puerta, destructor empeño.
Es un recio turbión quitando plumas
Del ala vaporosa del ensueño.

Mas, si vibran de lejos tus bordones,
Volará la hechicera Fantasia,
Para hacer de armoniosas vibraciones
Desgrane musical de pedrería.

Que tu música envíe el eco blando
De la nota fugaz que reverencio,
Que sea una alba rítmica asomando
En la frígida noche del silencio.

La plétora es vulgar. La musa mía,
Más alaba la curva que no el músculo;
Más que el ojo voraz del medio día,
La pestaña de sombras del crepúsculo.

Bien. Ya en el cuarto desolado y mudo,
Escuchan esa música de lejos;
Y está abierto, lunático y ceñudo,
El ojo de cristal de los espejos.

Y la noche va andando. Recostada
Sobre su viejo lecho, la Señora,

Al oír el rumor de tu alborada,
Su cabeza letárgica incorpora.

Y divaga. Y escucha que el rastrillo
Se alza, y penetra una legión de aromas...
.....
Y á través de las grietas del castillo,
Se derraman, volando, las palomas.

Y hay un sueño de notas. Y hay un coro
Celeste y dulce que á la Tierra avanza;
¡Y va mi alma á rezar al templo de oro
La divina oración de la esperanza!

SANTIAGO ARGÜELLO.



—• IGNACIO IGLESIAS •—

Es el más joven de los dramaturgos catalanes, y su nombre figura en este libro á título de excepción.

Su fresco y original ingenio, tiene una nota de singularidad entre los que hoy se disputan el campo. En esa personalidad veo, ante todo, un carácter. Hijo del pueblo y modesto empleado de una compañía de *travailleurs* ha conseguido imponer su obra á costa de no escasos esfuerzos. Así ha pasado por el teatro de los pequeños pueblos y villas antes de verse al lado de los maestros. Hay mucho fuego y secreta fuerza en ese retraído. No sé por qué me recuerda al levantino Martínez Ruíz.

Le conocí, como queda dicho en otra parte, la noche que se estrenó su drama *La Mare eterna*, obra con marcadas tendencias simbolistas. La obra, aunque no fuese absolutamente nueva como situación, presentaba, sin embargo, fuertes cualidades de pensamiento y de ejecución. Así es como al caer el telón del primer acto, en que el autor hace la exposición y presenta ya delineados los caracteres de sus personajes, se le llamó insistentemente á la escena.

Entonces fué cuando le ví por primera vez. Alto, delgado, pálido, con ojos negros, de intensa mirada, poblada y recia la negra cabellera; revela á primera vista su carácter meditativo. Después le ví sucesivamente en Variedades, en el Continental, en los *Quatre Gats*, café donde suelen reunirse artistas y hombres de letras,—en el «Avenç», y en el grupo de juventud catalana que piensa tiene ya un puesto señalado por su fuerza y por lo que hace esperar su hermosa primavera en flor.

Iglesias encarna admirablemente la reflexiva laboriosidad de la juventud catalana, esa juventud que ha hecho quejarse al mismo Clarín de que no tuviesen en el resto de España otra de iguales alientos. Es que la juventud de un pueblo no es una metáfora, contestaría Richter intencionadamente. Y cabe observar que no aprovecho la cita para determinar la vitalidad de la juventud catalana como

parte integral de esa colectividad misma. El hecho es más significativo. Abriéndose Cataluña á las corrientes de todo modernismo, habla de una hermosa y nueva primavera de su organismo total, que hace florecer todas sus creaciones ideales.

Allí se piensa y se trabaja con vistas adelante, al caldeado sol de las corrientes del día. Y junto al lirio blanco, el lirio rojo florece. El misonéismo sistemático no ha conseguido estacionar en una fase amorfa de la evolución á ese pueblo sano que busca en la actividad constante la higiene de su organismo equilibrado y fuerte.

*
* *

De su generación podrían citarse nombres que llaman ya la atención de los que observan. Porque vive y se renueva siempre la falange de los que prestan su concurso para alcanzar la expresión de una literatura universal que aproxime á la realización ideal de la obra de arte absoluto. Y se estudia, se traduce, se comenta, de suerte que el continente mental ensancha su horizonte; así es como entre una traducción de *Los Persas*, de Esquilo, y la representación al aire libre de la *Ifigenia*, de Goethe, un grupo de artistas lleva á la escena, en un pueblo de 3,000 almas, la *Intrusa* de Maeterlinck. Pero la obra de vulgarización asume otras formas, no menos proficuas y meritorias. Juan Pérez Jorba dirige su experta mirada hacia la aristocracia de las letras, y realiza monografías que revelan, á la vez, la versatilidad y la elevación mental de su bien nutrido espíritu. A comprobar lo dicho bastaría el examen de la obra D'Annuziana. Jaime Brossa y T. Guanyabens, ya fijaron sus pensamientos y sus tendencias de arte en obras que, como *Els sepulcres blancs* (drama) y *Alales* (poesías) denuncian la original riqueza y el fervor que conducen al triunfo cercano. El grupo de *L'Arenç* se renueva bajo los auspicios de *Juventut*, semanario catalanista, del cual, naturalmente, trataré en capítulo aparte.

*
* *

En Iglesias es evidente que el estudio de Ibsen, quizás demasiado asiduo, le lleva á presentar ideas trascendentales, ya que á través del desarrollo exterior se percibe siempre la acción interior. De aquí fácil es deducir su método y su ideal artístico.

—Yo pretendo que el drama, reproduciendo la vida, encierre también toda la profundidad de esa vida que el dramaturgo escoge como materia laborable. No creo que para ello baste crear tipos y pintar caracteres. El autor, sin caer en la tesis, debe saber escoger las situaciones aptas á expresar su idea, permaneciendo siempre dentro de los límites de la verdad. Porque un personaje puede encarnar una idea profunda aun sin verse reducido á un mero símbolo, esto es, permaneciendo humano, condición esencial de todo producto artístico que aspire á la vida. Y, sin pretender hacer del puro arte una lección de moral, un refugio de apocados y timoratos, ni empeñarme á que resulte del drama un apotegma, aspiro á una obra que eleve el sentido moral evitando todo elemento depresivo ó morboso. El autor debe exponer, el público resolver la situación.

Y como le preguntara si creía en el renacimiento del teatro catalán, contestó:

—Nó, señor, nó; el teatro catalán no está atravesando un momento feliz. Quite usted á Guimerá, que es un gran maestro, sin duda, y dígame qué queda después. Quiero decir que se produce poco, aunque haya entre los autores modernos algu-

nos que podrían dar al teatro un gran impulso. Véase si no á Rusiñol que con su drama *La alegría que pasa*, alcanzó un éxito ruidoso. No obstante... en fin, no sé qué decirle. Esto parece ser un mal general en España. Digo en España porque los dramaturgos castellanos hacen aún menos que nosotros. Vea usted, por otra parte: el teatro catalán nunca ha contado con un conjunto de autores. Es menester tener en cuenta que la vida de éste data de muy corto tiempo. Puede decirse que *Pitarra*, Soler, fué su fundador, á pesar de que ya existiesen algunas obras cuando él comenzó á escribir para el teatro. Pero hoy ha pasado casi de moda. No queda, pues, más que Guimerá; lo que vale decir que la cualidad supera la cantidad.

Hablábamos paseándonos por la Rambla, hacia la caída de la tarde. Algunas casas de negocio comenzaban ya á encender las luces; y el movimiento de vaivén se animaba notablemente.

—Y ¿qué piensa usted de la poesía catalana?

—Le diré á usted: yo creo que en este género de literatura no estamos del todo mal. Ya comprenderá usted que esto lo digo así por modestia.

Porque, en realidad, hoy por hoy, no tenemos mucho que envidiar, en conjunto, á las demás naciones. Nosotros, los catalanes, contamos con verdaderas figuras literarias. Verdaderamente, á no dudarlo, uno de los poetas líricos del siglo.

Luego, como poesía mística, no conozco nada que lo sobrepase. Guimerá, como poeta dramático, es de alta significación. Y entre los más jóvenes hay algunos llamados á representar un papel importante en nuestra literatura naciente.

—Usted está á punto de publicar un tomo de poesías ¿no es así?

—Sí; pero las mías serán poesías populares.

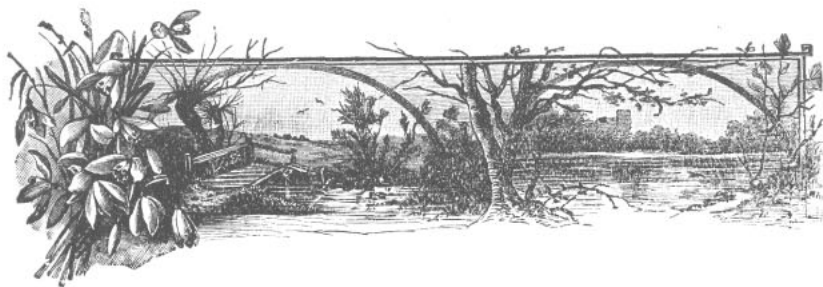
Yo no me explico por qué entre nosotros no se cultiva este género de poesía. O mejor dicho, me lo explico, pero no concibo como se descuide.

—Y ¿cuál es, según usted, la causa de que tenga tan poca preferencia este género de poesía?

—En primer lugar, el que los poetas modernos desconocen por completo el alma del pueblo. No se preocupan de ir á buscar allí los tesoros inapreciables de verdadera poesía. La desprecian; desdennan lo que no conocen, y en eso estriba el error. No obstante, puedo asegurar á usted que el pueblo catalán siente con intensidad la belleza. Y eso es lo que me lleva á creer que es un pueblo capaz de alimentar grandes ideales. Yo creo que redundaría en bien común el que se hiciese algo para cultivar el gusto de la clase humilde. Con eso conseguiríamos alejarle de muchas calamidades, como la que en Madrid llaman *género chico*. Incesantemente está distraído, en la indecisión de la elección; pero no sucedería lo mismo el día que sus sentimientos, sus aspiraciones, sus ideales, los viese transportados al poema, á la novela y al teatro.

La noche había cerrado ya, cuando Iglesias se despidió de mí para ir al Teatro de Novedades, donde le aguardaban para tratar del estreno de una obra nueva.

JOSÉ LEÓN PAGANO.



✧ A LA LUNA ✧

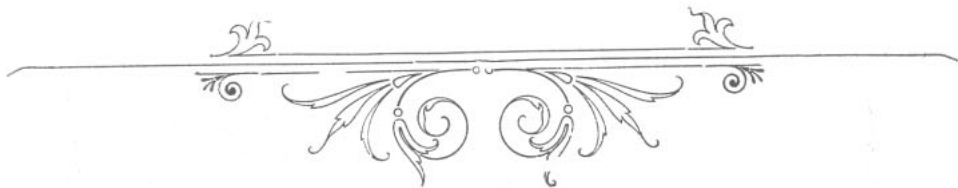
(Monólogo de Pierrot)

¿Qué pájaro me canta
en el pecho escondido?
¿Con qué alas azules se levanta
para volar, mi corazón herido?
¡Luna blanca, divina curandera,
le vendaste con nieblas de un ensueño
dejándole el temblor y la quimera
de un imposible empeño!
¡Oh, Luna de poetas y de orates,
por tu estela argentina
mi alma peregrina
con un ansia ideal de disparates!
Dentro de mí, como un lejano coro
reviven las memorias
de alegres días, de entrañables glorias,
¡mañanas perfumadas! ¡tardes de oro!
Vuelvo a sentir aquél temblor que era
vaticinio de amores,
cuando el cortejo de la Primavera
iba en mi alma deshojando flores,
Alondra de oro en los celestes prados;
nigromántica flor de los secretos
de azul y de rocío perfumados;
hilandera divina de sonetos,
Luna, que das tu ensueño á los jardines,
que pones alas en los corazones,
y en las cimas azules oraciones,

y en las ondas azules violines,
¿quién el poder á descubrir acierta
de tu cara de plata,
de tus ojos de muerta
y de tu luz que mata?
¡Tú de los cisnes vagos
conduces los divinos
sueños sobre los lagos!
¡Tú devanas los linos
del celeste linar
por todos los caminos
del desierto y del mar!
Bajo el influjo de tus conjunciones
amor suspira y canta,
y la onda de los mares se levanta
como la onda de los corazones.
El barro de mi alma se aureola
con tu luz enigmática,
y te saluda con la cabriola
de una bruja sabática,
Luna, que de soñar guardas las huellas,
cabalística luna de marfil,
que escribes en lo azul moviendo estrellas

¡NIHIL!

RAMÓN DEL VALLE-INCLAN.



➤ LA NODRIZA ➤



Era una vez un rey, mozo y valiente, señor de un reino abundante en ciudades y mesnadas, que partió á batallar por tierras lejanas, dejando solitaria y triste á su reina y á un hijo que aún vivía en su cuna, dentro de sus pañales.

Aquella luz que le viera marchar, llevado por su sueño de conquista y de fama, comenzaba á menguar, cuando uno de sus caballeros apareció con las armas rotas, negro de sangre seca y del polvo de los caminos, trayendo la amarga nueva de una batalla perdida y de la muerte del rey, traspasado por siete lanzas entre la flor de su nobleza, á orillas de un gran río.

La reina lloró magníficamente al rey. Lloró también desoladamente al esposo, que era bello y alegre. Pero, sobre todo, lloró ansiosamente al padre que así dejaba al hijo desamparado, en medio de tantos enemigos de su frágil vida y del reino que sería suyo sin un brazo que le defendiese, fuerte por la fuerza y fuerte por el mor.

De estos enemigos el más temible era su tío, hermano bastardo del rey, hombre depravado y audaz, consumido por groseras codicias, deseando sólo la realeza por causa de sus tesoros, y que hacía años vivía en un castillo sobre los montes, con una horda de rebeldes, á la manera de un lobo que, de guardia en su cubil, espera la presa. ¡Ay! La presa ahora era aquella criaturita, rey con mamá, señor de tantas provincias, y que dormía en su cuna con el cetro de oro apretado entre las manos!

A un lado otro niño dormía en otra cuna. Pero éste era un esclavito, hijo de la bella y robusta esclava que amamantaba al príncipe. Ambos habían nacido en la misma noche de verano. El mismo pecho los criaba. Cuando la reina, antes de dormir, venía á besar al principito, que tenía el cabello rubio y fino, besaba también al esclavo, que tenía el pelo negro y crespo. Los ojos de ámbos relucían como piedras preciosas. Solamente la cuna de uno era magnífica y de marfil entre brocados, y la cuna del otro pobre y de madera. La leal esclava, sin embargo, para los dos tenía igual cariño, porque si uno era su hijo, el otro sería su rey.

Nacida en aquella casa real, tenía la pasión y religión de sus señores. Ningún llanto había corrido más sentidamente que el suyo por el rey muerto á la orilla del gran río. Pertenecía, pues, á una raza que acredita que la vida de la tierra se continúa en el cielo. El rey, su amo, de seguro, ya estaría por entonces reinando en otro reino, más alto que las nubes, abundante también en mesnadas y ciudades. Su caballo de batalla, sus armas; sus pajes, habían subido con él á las alturas. Sus vasallos, los que iban muriendo, no tardarían en llegar á aquel reino celeste para rendirle de nuevo su vasallaje. Y ella, un día, cuando fuese su turno, remontaría por un rayo de luz á habitar el palacio de su señor, y á hilar de nuevo el lino de sus túnicas, y á encender de nuevo el pebetero de sus perfumes; sería en el cielo como había sido en la tierra, y feliz en su servidumbre.

¡También ella temblaba por su principito! ¡Cuántas veces, con él colgado del

pecho, pensaba en su fragilidad, en su larga infancia, en los años lentos que correrían antes de que fuese por lo menos del tamaño de una espada; y en aquel tío cruel, de faz más tenebrosa que la noche y corazón más tenebroso que la faz, hambriento de trono, y expiando desde la cima de su roquedo, entre los alfanjes de su horda! Con mayor ternura que nunca le apretaba entonces entre los brazos. ¡Pobre principillo de su alma! Pero si su hijo lloraba al lado, hacia él corrían sus brazos con un ardor más feliz. Aquél, en su indignencia, nada tenía que recelar de la vida. Desgracias, asaltos de la suerte, nunca podrían apartarle más de las glorias y bienes del mundo de lo que ya estaba allí en su cuna, bajo un pedazo de lino blanco que resguardaba su desnudez. La existencia, en verdad, era para él más preciosa y digna de ser conservada que la de su príncipe, porque ninguno de los duros cuidados con que ennegrece el alma de los señores rozaría siquiera á su alma libre y sencilla de esclavo. Y, como si le amase más por aquella humildad dichosa, cubría su cuerpecito gordo de besos sonoros y devoradores, de los besos que hacía sutiles al ponerlos en las manos de su príncipe.

Entre tanto un gran temor llenaba el palacio, donde ahora reinaba una mujer entre mujeres. El bastardo, el hombre de rapiña, que erraba por la cresta de las sierras, bajó á la llanura con su horda, y ya á través de las aldeas y los caseríos felices, iba dejando un surco de matanza y de ruinas. Las puertas de la ciudad habían sido aseguradas con cadenas más fuertes. En las atalayas lucían hogueras más altas. Pero faltaba la disciplina viril. Una roca no gobierna como una espada. Toda la nobleza fiel había perecido en la gran batalla. Y la reina desventurada apenas sabía correr á cada instante á la cuna de su hijito y llorar sobre él su flaqueza de viuda. Solamente la nodriza leal parecía segura, como si los brazos en que estrechaba á su príncipe fuesen murallas de una ciudadela que ninguna audacia pudiera trasponer.

Pues bien, una noche, noche de silencio y de oscuridad, cuando se disponía á dormir, ya desnuda, en su cama, entre los dos pequeños, adivinó, más que oír, un leve rumor de hierros y pendencias, lejos, á la entrada de los jardines reales. Envuelta aprisa en un manto, echando los cabellos hacia atrás, escuchó ansiosamente. En la tierra aireada, entre los jazmineros, corrían pasos pesados y rudos. Después se oyó un gruñido, un cuerpo cayendo blandamente, sobre arena, como un fardo. Descorrió violentamente la cortina. Y allá, en el fondo de la galería, divisó hombres, una claridad de linternas, brillar de armas... En un instante lo comprendió todo: el palacio sorprendido, el bastardo llegando á robar, á matar á su príncipe!... Entonces, rápidamente, sin una vacilación, sin una duda, sacó al príncipe de su cuna de marfil, le llevó hacia la cuna pobre de madera, y, sacando á su hijo del lecho servil, entre besos desesperados, le colocó en el lecho real que cubrió con todos sus encajes.

Bruscamente un hombre enorme, de rostro iracundo, con un manto negro sobre la cota de malla, surgió en la puerta de la cámara, entre otros que sostenían linternas. Miró, corrió á la cuna de marfil donde lucían los brocados, arrancó de allí la criatura, como se arranca una bolsa de oro, y, ahogando sus gritos bajo el manto, salió furiosamente.

El príncipe dormía en su nueva cuna. La nodriza permanecía inmóvil en el silencio y en las tinieblas.

Pero gritos de alarma atronaron de repente el palacio. Por las ventanas pasó el largo flamear de las antorchas. Los patios resonaban con el batir de las armas Y desgredada, casi desnuda, la reina invadió la cámara, entre las damas, llamando á su hijo. Al divisar la cuna de marfil, con las ropas manchadas, vacía, cayó al suelo, anegada en llanto, deshecha. Entonces, en silencio, muy lenta, muy pálida, la nodriza descubrió la pobre cuna de madera... El príncipe estaba allí, quieto, dormido, con un sueño que le hacía sonreír, que le iluminaba todo el rostro entre sus cabellos de oro. La madre cayó sobre la cuna, con un suspiro, como cae un cuerpo muerto.

Y en aquel instante un nuevo clamor estremeció la galería de mármol. Era el capitán de las guardias y su gente fiel. En sus clamores había, sin embargo, más tristeza que triunfo. ¡El bastardo murió! Cogido, al huir, entre el palacio y la ciudadela, cercado por la fuerte legión de arqueros, sucumbió él y veinte de su horda. Su cuerpo quedó allí con flechas en el flanco, en un charco de sangre. Pero ¡hay dolor sin nombre! El cuerpecito tierno del príncipe quedó allí también, envuelto en un manto, ya frío, rojo aún de las manos feroces que le habían estrangulado! Por eso tumultuosamente lanzaban la nueva cruel los hombres de armas, cuando la reina, deslumbrada, con lágrimas entre risas, irguió en los brozos para mostrarlo, al príncipe, que había despertado.

Fué un espanto, una aclamación. ¿Quién lo salvó? ¿Quién?... Allí estaba junto á la cuna de marfil vacía, muda y yerta aquella que le salvara. ¡Sierva sublime y leal! Ella fué quien, para conservar la vida de su príncipe, dió la muerte á su hijo... Entonces, sólo entonces, la madre dichosa, saliendo de su alegría estática, abrazó apasionadamente á la madre dolorosa y la besó y la llamó hermana de su corazón... Y de entre aquella multitud que se apretaba en la galería, salió una nueva, ardiente aclamación, con súplicas de que fuese recompensada magníficamente la sierva admirable que salvara al rey y al reino.

Pero ¿cómo? ¿Qué bolsas de oro pueden pagar un hijo? Entonces un viejo de casta noble propuso que fuese llevada al tesoro real, y escogiese de entre aquellas riquezas, que eran como las mayores de los mayores tesoros de la India, todas las que su deseo apeteciese.

La reina cogió la mano de la sierva. Y sin que su rostro de mármol perdiese en rigidez, con un andar de muerta, como en un sueño, fué conducida hasta la cámara de los tesoros. Señores, damas, hombres de armas, seguían con un respeto tan conmovido, que apenas se oyó el rozar de las sandalias en el suelo. Las espesas puertas del Tesoro giraron lentamente. Y, cuando un siervo abrió los ventanales, la luz de la madrugada, ya clara y rosada, entrando por las rejillas, prendió un maravilloso y fantástico incendio de oro y pedrerías! Del suelo de piedra hasta las bóvedas sombrías, por toda la cámara, relucían, rebrillaban, refulgían, los escudos de oro, las armas cinceladas, los montones de diamantes, las pilas de monedas, los largos hilos de perlas, todas las riquezas de aquel reino, acumuladas por cien reyes durante ve-nte siglos. Un largo ¡ah!, lento y maravillado pasó sobre la tur-

ba enmudecida. Después hubo un silencio, ansioso. Y en medio de la cámara, envuelta en la refulgencia preciosa, la nodriza no se movía... apenas si sus ojos, brillantes y secos, se habían erguido hacia aquel cielo que, más allá de las gradas, se teñía de rosa y de oro. Allí, en aquel cielo fresco y de madrugada, era donde estaba ahora su hijo. Estaba allí, y ya el sol se levantaba, y era tarde, y su pequeño lloraba de seguro y buscaba su pecho!... Entonces la nodriza sonrió y extendió la mano. Todos seguían, sin respirar, aquel lento moverse de su mano abierta ¿Qué joya maravillosa, qué hilo de diamantes, que puñado de rubíes iba á escoger?

La nodriza extendió la mano, y de un escabel próximo, de entre un montón de armas, agarró un puñal. Era un puñal de un rey antiguo, todo incrustado de esmeraldas, y que valía una provincia.

Agarró el puñal, y con él apretado fuertemente en la mano, apuntando al cielo, hacia donde subían los primeros rayos del sol, encaróse con la reina, con la multitud, y gritó:

—¡Salvé á mi príncipe, y ahora... voy á dar de mamar á mi hijo!

Y se clavó el puñal en el corazón.

EÇA DE QUEIROZ.



* MARICHU *

Alaratzen die ollarrae
goiceroso cantua
egunsentico izarrae
ez die utzi cerua.

(Canto popular).

La noticia corrió de boca en boca. Marichu, la mujer del caserío Aitola; tenía una enfermedad rarísima, que se le había presentado dos ó tres semanas después del parto. Tan pronto comenzaba á reír con estridentes carcajadas, como lloraba amargamente y prorrumpía en desgarradoras quejas.

Corrieron los rumores de que tenía los demonios en el cuerpo y se dijo también, que un hombre misterioso, al pasar junto al caserío de Marichu y al mirar á ésta le había hecho mal de ojo.

La curiosidad de los labradores vecinos estaba excitadísima; las conversaciones abundaban, unos opinaban que lo mejor era avisar al cura, otros creían más lógico el llamar á una vieja gitana medio mendiga y medio bruja, que tenía fama de curar del mal de ojo á las personas y á los animales.

Un día, dos muchachas de la vecindad, se impresionaron tanto al ver á la enferma, que comenzaron á reír y á llorar como ella y con este motivo y como primera providencia se avisó al cura del pueblo. El cura bendijo la casa, conjuró á los espíritus para que salieran del cuerpo de la poseída; pero los exorcismos suyos no produjeron efecto alguno. Entonces se llamó á la gitana.

Llegó ésta en seguida de ser avisada y se instaló en la casa. Hizo sus preparativos. Cosió una almohada con tela de sacos, la llenó de salvado, después retorció varias ramas secas y con ellas formó dos antorchas.

Por la noche, á las doce en punto, entró en el cuarto de la enferma y sin hacer caso de sus gritos, ni de sus lamentaciones, le ató á la cama. Luego encendió las dos antorchas é hizo que Marichu apoyara la cabeza en el saco de salvado mientras que ella rezaba. A veces se interrumpía y obligaba á la enferma á tragar un terrón de sal; otras veces murmuraba por lo bajo el nombre de los tres reyes magos...

Al día siguiente Marichu estaba curada.

Pasaron siete días y al cabo de ellos, la suegra de Marichu, que la odiaba, le insinuó una idea terrible; le dijo sonriendo, con una sonrisa extraña, que si se había curado, era haciendo pasar su enfermedad al cuerpo de su hijo, del hijo mayor; por eso el niño estaba siempre triste. Y era verdad; desde aquel momento el niño, que era muy hermoso, se fué poniendo pálido, muy pálido y dejó de sonreír alegremente. Una noche quedó frío, acurrucado en el regazo de su madre, con los ojos abiertos. Un moscardón muy negro anduvo revoloteando junto á él...

La madre siguió meciendo al niño, y viendo que no despertaba, le envolvió en un mantón, salió de casa y tomó la vereda que conducía á la casa de la vieja mendiga...

Iba haciéndose de día; un montón de nubes blanquecinas se deshilachaban en el azul pálido del cielo; el sol, tibio y sin fuerza, empezaba á iluminar las cumbres de los montes, cubiertas de aliagas de amarillenta flor y de helechos mustios y rojizos.

En la cima del monte, Marichu se detuvo para tomar aliento; el viento frío le hizo temblar y estremecerse...

En una hondonada estaba la vivienda de la vieja, una antigua casa destruída por las llamas, que la gitana había ido restaurando poco á poco. Marichu entró sin llamar. A la luz de una hoguera que ardía en el suelo, se veía el interior de la casa que no tenía más que un cuarto; en el fondo de éste había una cama sobre un montón de tierra y á los dos lados, en las paredes, unas cuantas vigas servían de vasares y sobre ellas estaban colocadas un sin fin de cosas inútiles cogidas en los caminos, clasificadas por orden de tamaño, jarros sin asa, pucheros cascados, barreños sin fondo.

Junto á la hoguera, la vieja mendiga hablaba con un hombre decrepito, encorvado y de pelo blanco.

—¿Eres tú?—preguntó á Marichu la mendiga, al verla, con voz ronca.—¿A qué vienes á mi caserío?

—A que veas á mi hijo.

—Está muerto—dijo la gitana después de contemplarle.

—Nó. Está dormido. ¿Qué le daré para que despierte?

—Te digo que está muerto; pero si quieres haré un cocimiento con siete plantas...

—Gitana—dijo entonces el hombre,—lo que vas á hacer no servirá de nada. Si quieres despertar á tu hijo, añadió dirigiéndose á Marichu, mirándole fijamente con sus ojos grises que brillaban bajo las cejas blancas, no tienes más que un remedio; que te alberguen en una casa en donde la familia que viva bajo su techo no recuerde una desgracia próxima. Anda, ve á buscarla.

Marichu salió de la casa con el niño en brazos, y sin esperar á más, fué recorriendo los caseríos de los alrededores. En uno acababa de morir el padre, en otro volvía el hijo del servicio, declarado inútil, con los pulmones llenos de tubérculos y un par de meses de vida; aquí se moría una madre, dejando cinco niños abandonados; allá un enfermo marchaba á un Asilo de la capital, porque ninguno de sus hermanos, que estaban en holgada posición, quería recogerle.

Del campo, Marichu fué á la aldea y de la aldea pasó á una gran ciudad, y luego á otra y á otra, y en todas partes reinaba la tristeza y en todas partes el dolor. Cada pueblo era un inmenso hospital lleno de carne enferma, que se quejaba con gritos delirantes.

El remedio del viejo era imposible de emplear. A todas partes llegaba la desgracia, á todas la enfermedad, á todas la muerte.

Nó, no había remedio; era necesario vivir con el corazón apenado, era necesario tener, como compañeros de la existencia, á la tristeza y al pesar.

Marichu lloró, lloró largo tiempo, y luego con una desesperación tranquila, volvió á su casa á vivir al lado de su marido.

Pío BAROJA.





“MUSA JOVEN”

COLABORADORES:

Francisco Contreras

Fernando Santiván

Joaquín Edwards Bello

Martín Escobar

Hernán Díaz Arrieta

Jorge Hübner Bezanilla

Alejandro Méndez García de la Huerta

Vicente García Huidobro F.

Juan Guzmán Cruchaga

Gabriel Rivas

Luis Vargas Bello

Jorge Silva S., y algunos otros.

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN:

Hasta fin de año..... \$ 8.00

Número suelto..... 60 cts.

Toda colaboración envíese a Correo 5. Lo mismo los avisos.

